



Diódoro Carrasco Altamirano

Alianzas y reformas

En lo que se refiere a la reforma política planteada por el presidente Calderón, era previsible el debate, inclusive la intensidad del mismo, pero lo que quizás no se dimensionó adecuadamente fue el tono, áspero y por momentos iracundo. Porque, me parece, se mezclaron dos cuestiones: los temas de la reforma, propiamente dicha, todos controvertibles y ninguno de obvia resolución, y el tema de las alianzas electorales entre partidos para enfrentar la aduana del 2010.

Distingamos: en el foro de análisis efectuado en el Senado participaron un grupo plural de intelectuales cuya característica fue el tono crítico de sus ponencias, al examinar los pros y contras de la propuesta de Calderón. Es evidente que el foro fue para analizar la iniciativa del presidente, ninguna otra, y también que este grupo de intelectuales tiene pocos elementos comunes con el que —trascendió— habría asesorado al Ejecutivo federal para formular su iniciativa.

El PRI, por su parte, y como respuesta directa a la táctica de alianzas esbozada por la dirección del PAN, endureció su discurso opositorista y unificó a sus principales fuerzas y líderes contra el proyecto de reforma, anunciando que iba a presentar su propia iniciativa, en la que aparecen temas como la restauración del anterior formato del informe presidencial, la sustitución del presidente (en caso de ausencia definitiva), la moción de censura, la ratificación del gabinete por el Congreso, un control más riguroso de las cuentas

del Ejecutivo, etcétera.

A estas alturas parecen irse perfilando algunos de los temas que difícilmente transitarán en el Congreso: reducción de la Cámara de Diputados, candidaturas ciudadanas, elevar el umbral de registro a los partidos emergentes. En la reelección se revisan modalidades que optimicen sus ventajas y minimicen las desventajas. No parece haber duda en que la iniciativa presidencial no pasará intacta, sino que será sujeto de reformas, ajustes y adiciones, lo cual finalmente es normal en una democracia.

Este, desde mi perspectiva, no es el problema; el problema es que habrá que separar el debate y la resolución de la reforma, de las querellas y desplazamientos de la coyuntura; esto es, que una reforma política cuyos alcances modularán la vida política del país durante lustros, no se vea rechazada o deformada por las disputas de la víspera. Esto plantea la necesidad de distinguir entre lo accesorio y lo

contingente, de privilegiar la visión de Estado sobre la visión de partido, de sobreponer el interés común al interés particular y estrecho.

Finalmente, no parece haber cuestionamientos mayores al diagnóstico y los propósitos que justifican la iniciativa de reforma: fortalecer el vínculo entre ciudadanos y sistema político e instaurar mecanismos que permitan consolidar a nuestras instituciones de gobierno. En general no se niega que tenemos problemas de gobernabilidad (gobierno dividido), que hacen falta estímulos para

la cooperación entre partidos, que existe un abismo entre el sentimiento de la calle y las percepciones de la clase política, etcétera.

Se dice que la propuesta de reforma es inconexa, que no es integral. Sea, pero entonces que se formule una propuesta de reforma que corrija ese defecto, que le dé integralidad. Aquí ya no es suficiente con decir lo que le falta a la propuesta, hay que decir con qué elementos sería completa y cumpliría sus expectativas. Hay que poner el remedio y el trapito, como se dice coloquialmente.

Lo único cierto es que, como nunca antes, los movimientos y acciones de la clase política están expuestos ante un público cuyo nivel crítico y exigencia es creciente. Un público al que difícilmente le darán gato por liebre, por muchos eufemismos y justificaciones que puedan acumularse. La iniciativa de reforma del presidente, más allá de la mayor o menor fortuna de sus premisas o fórmulas concretas, pone sobre la mesa una definición mayor: el sistema político mexicano, ¿se abre o se cierra a la participación ciudadana y a la rendición de cuentas? ¿Se está de acuerdo en buscar la gobernabilidad y la cooperación para gobernar, o se busca mantener la parálisis y el chantaje como instrumentos políticos de supervivencia?

Por supuesto que las alianzas electorales que están en la fragua no son solamente tácticas, tienen una connotación estratégica y de "transicionismo", pero de ello también se tendrán que rendir cuentas y sacar conclusiones, en su debido momento. ■■



No parece haber cuestionamientos mayores al diagnóstico y los propósitos que justifican la iniciativa de reforma: fortalecer el vínculo entre ciudadanos y sistema político e instaurar mecanismos que permitan consolidar a nuestras instituciones de gobierno

